

ro —escribo estas líneas en Nancy— valía la pena adelantarlo, porque la decisión que acaba de tomarse, por la importancia del Festival, revela un expresivo cambio en la concepción de estas manifestaciones. ■ JOSE MONLEON.

CINE

Una simple reproducción

Ocho días después de que el inefable programa de Martín Ferrand presentase por RTVE "La última carga", se estrenaba en Madrid la siguiente película de Tony Richardson: "Risa en la oscuridad" ("Laughter in the dark"), seleccionada para el Festival de San Sebastián de 1969, donde su protagonista —Nicol Williamson— obtuvo el premio al mejor intérprete masculino. (Señalemos, de paso, lo "curioso" que resulta que uno de los miembros del Comité de Selección de dicho certamen en aquel año —Alfonso Sánchez— confundía ahora la fecha de realización del film situándolo en 1972 en vez de 1969, y que —aún más— se muestre hostil hacia una película que él mismo, individual o colegiadamente, escogiera hace siete años.)

"Risa en la oscuridad" está basada en un relato de Vladimir Nabokov, y Richardson parece haberse empeñado especialmente en reproducir con imágenes las constantes temáticas y estilísticas del autor de "Lolita". No es nada nuevo en él: lo mismo había hecho anteriormente con John Osborne ("Mirando hacia atrás con ira" y "El animador"), Shelagh Delaney ("Un sabor a miel"), William Faulkner ("Réquiem por una mujer"), Allan Sillitoe ("La soledad del corredor de fondo"), Henry Fielding ("Tom Jones"), Evelyn Waugh ("Los seres queridos"), Jean Genet ("Mademoiselle") o Margue-

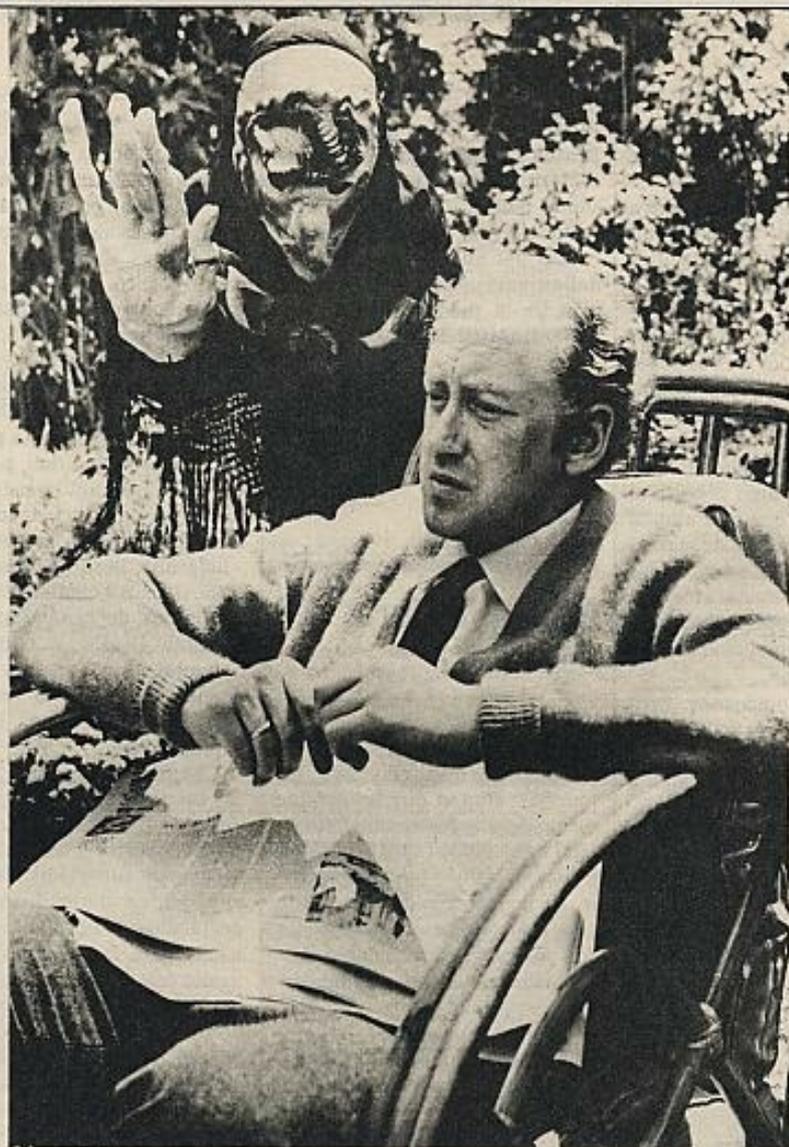
rite Duras ("The sailor from Gibraltar"), escritores tan sumamente diversos entre sí que resulta imposible enlazarlos por cualquier nexo o relación por ambiguos que sean. Ello determina la convicción de que Richardson no ha alcanzado nunca una dimensión de "autor", en el sentido de quien crea y mantiene un universo propio reconocible como tal, sino que se ha apoyado en otros que sí lo eran para intentar —con mayor o menor fortuna, según los casos— acercarse a situaciones o personajes que le atraían en cada momento dado. Quizá ahí esté el motivo de que él fuese el primero en abandonar el grupo del "free cinema", dejando tras de sí —no obstante— una de las más sólidas obras de esta etapa: "La soledad del corredor de fondo".

La versatilidad mostrada, pues, por Richardson paga un

precio decisivo: el de la superficialidad, el de la escasa profundización de que hacen gala unas imágenes nacidas de un trabajo sólo reproductor de lo ajeno y no creador de algo propio. Así, aquello que de interesante encontramos en "Risa en la oscuridad" es lo que pertenece a Nabokov, su amoralidad, su cinismo, su complacencia en la observación de comportamientos sádicos, su negro sentido del humor, su crueldad..., repliando una vez más el esquema narrativo tan típico en él de mujer fascinante que seduce a hombre "ingenuzado" por la pasión, para utilizarle y acabar destruyéndole. A su manera artesanal, Richardson saca adelante —mal que bien— esta historia. Una historia que habría necesitado de un Losey o un Kubrick para ser verdaderamente recreada en cine. ■ FERNANDO LARA.

"¿Qué?"

Una situación clásica en el cine, el teatro o la novela consiste en situar a un personaje exterior en un mundo para él desconocido y cerrado. La aparición de ese personaje servirá como detonante para abrir ese mundo, bien a una serie de relaciones que lo descompondrán, bien a una retahíla de equívocos que mantengan la Historia a nivel humorístico. Polanski ya ha jugado previamente con este esquema dramático, fundamentalmente en "Cul-de-sac", película con la que este título que se estrena en España "¿Qué?" tiene más de un punto de contacto: en ambos, al menos, el director polaco ha pretendido ofrecer la perspectiva de un mundo caótico y absurdo en el que tengan lugar las más ilógicas y disparatadas posibilidades. Si en "Cul-de-



Nicol Williamson, en "Risa en la oscuridad" ("Laughter in the dark", 1969), de Tony Richardson.